

\*\*\*\*\*

# El primaveral Patiño

\*\*\*\*\*

Por Arsenio MUÑOZ DE LA PEÑA

**D**ON Pascual Patiño y don Fernando Moirón se acababan de conocer y ya eran íntimos amigos.

Les presentó en el bar del Círculo Mercantil, don Javier Rebollo.

Patiño explicaba a todos sus conocidos:

—Nos hemos comprendidos inmediatamente porque, claro, como resulta que hemos tenido los mismos maestros.

Y Moirón ponía los ojos en blanco y enumeraba:

—Ortega, Morente, Zubiri...

A Patiño se le hacía la boca agua oyendo mentar los nombres de los grandes sabios que en España han sido y que habían formado su inteligencia y forjado su carácter.

Patiño interrogó a su amigo:

—¿A que se nos conoce a los dos que hemos tenido los mismos profesores?

Moirón remataba:

—Sobre todo a tí que tienes la misma mirada profunda, la misma frente ancha, las mismas arrugas sabias del eximio don José Ortega y Gasset... Y hasta la misma manera de abrir los paquetes de cigarrillos...

Patiño se esponjaba y se movía y removía, orondo y bambolean-te, prorrumpiendo en gozosas risas jolgoriosas que era una gloria el verlo.

Cuando el bueno de Patiño llevaba hablando media hora con Moirón empezó a sentir muy dolorido su hombro pues no terminaba de pronunciar una frase y ya le caía encima la enorme manaza de

Moirón dándole un fuerte porrazo, sin consideración alguna a su edad.

—Así se habla ¡Eso mismo hubiera dicho Ortega! —exclamaba Moirón una y otra vez, ante cualquier palabra que emitiese Patiño.

Cualquier vulgaridad, cualquier intrascendencia que dijese el pobre de Patiño, era objeto de elogios y de golpes por parte de Moirón.

Patiño estaba encantado con su nuevo y extraordinario amigo.

—¡Ahora, ahora —decía— es cuando he encontrado yo un hombre que me valore como yo merezco! Ahora, ahora, es cuando va a saber el mundo lo que soy yo, porque a mí me han infravalorado hasta ahora, pero de aquí en adelante, con la ayuda de este hombre, el universo se dará cuenta de lo que yo soy capaz de realizar en filosofía, pues después de Ortega nadie ha dicho nada nuevo en la materia y yo voy a decirlo, pero que muy fuerte. Yo lanzaré mi mensaje al mundo y a las gentes de todo el orbe. Y terminaba con su eterno estribillo:

—¡Ya veréis cuando llegue la Primavera!

Y no faltaban más que dos jornadas para el advenimiento de la florida estación.

Porque el bueno de Patiño todo lo tenía subordinado a la venida de la Primavera desde hacía seis lustros.

—En la Primavera próxima voy a casarme, a editar una obra fundamental titulada «Esencia de la esencia», a escribir los «Mil sonetos inefables» y a realizar mi soñado viaje a Nueva Zelanda.

Y cuando llegaba la Primavera, escribía un par de estrofas y en ese estado quedaba todo hasta el próximo año.

Eso sí, el mismo día 21 de Marzo se compraba una bonita corbata, miraba intensamente a las mujeres jóvenes que pasaban a su lado y si alguna se fijaban en él, decía al que más cerca tuviese en aquel momento.

—¡Otra, otra que ya se enamoró de mí! ¡Hoy ya van tres con ésta! ¡Lo noto enseguida! ¡No pueden disimularlo!

El viaje a Nueva Zelanda se quedaba reducido a ir a su pueblo, distante unos cincuenta kilómetros, donde marchaba todos los sábados por lavarse de arriba a bajo y por mudarse de ropa interior, pues el hombre era tan recatado que no quería entregar los secretos de sus calzoncillos a ninguna lavandera y se los llevaba a una tía suya que en el pueblo vivía para realizar la colada en plena intimidad familiar.

La verdad es que el hombre no había tenido mucha suerte en la



vida. Hijo de una modesta familia, había terminado la carrera de Filosofía y Letras a trancas y barrancas y los esfuerzos sobrehumanos que había realizado le sorbieron el seso que Dios le había donado. Después fracasó, oposición tras oposición y se había quedado de profesor en un colegio de monjas de la población. Las alumnas le habían cogido su punto flaco, que era la vanidad y por cualquier motivo le decían:

—Hay que ver lo que sabe V. don Pascual ¡Si parece imposible que sepa V. tanto! ¿Y dónde ha aprendido V. tantísimo?

El pobre Patiño se esponjaba y replicaba:

—¿Y dónde va a haber sido? En la Universidad ¡Como que mis profesores fueron nada menos que Ortega, Morente y Zubiri!

Seguían las muy truhanas:

—¿Y cómo ha podido V. aprender tanto?

—Pues con la inteligencia que Dios me ha dado.

Las muy ladinas remataban la suerte:

—Lo que sabe V. don Pascual ¡Cualquiera se la da a V. con queso...!

—Si, lo que es a mí...— comentaba, riendo, el primaveral Patiño.

Las solteronas del lugar le tomaban la cabellera y él las invitaba a cerveza con patatas fritas en el Círculo Mercantil.

No había tenido, en su ya larga vida, más que una seria aventura amorosa.

En la fonda donde se hospedaba había una garrida moza que cantaba por todo lo alto, mientras hacía las faenas de la casa.

Don Pascual relató sus cuitas a su íntimo amigo don Florencio Yubero:

—Nada, que, a lo mejor, estoy pensando el primer verso de un cuarteto y me quedé sin poder hacerlo, porque la muy bruta de la doméstica se pone a cantar y me ahuyenta las musas, pero que de una manera total.

—¡Hombre, por Dios, eso se arregla fácilmente!—le aseguraba Yubero.

—¿Y cómo?

—Por el método de la domesticación de la doméstica.

—¿Y qué es eso? ¿Se puede saber?

—Ya lo creo. Es muy sencillo. Mira, cuando la criada está cantando, tú te aproximas a ella, muy serio, tiene que ser muy serio, y le das un azote con todas tus ganas. Pero ten muy en cuenta un detalle muy importante, tienes que seguir estando muy serio y avanzar, pasillo adelante, como si no hubieses hecho nada. Ya verás

como se calla y queda toda confusa, pues no se puede explicar que aquel señor tan serio haya sido capaz de darle un azote en el trasero. Y queda pensativa y callada todo el resto del día.

—Está bien. Tomo buena nota. Me parece magnífico el método—encomió don Pascual.

En la primera ocasión que hubo, don Pascual salió al pasillo, todo digno y sereno, se acercó a la criada y le asestó un buen azote en plenas y altivas nalgas.

Pero contra lo que él creía, la muchacha se alzó, con agradecida sonrisa y se arrojó a sus brazos, exclamando:

—¡Bien me lo decía el corazón que estaba V. enamorado de mí! ¡Se lo conocí en la manera de mirarme! ¡A mí me pasa igual!

Don Pascual ante aquello dejó los versos por una temporada y se entregó por completo al amor de la marmota que le extrajo cariño, tiempo y dinero en abundancia.

Un día se enteró la patrona, la muy honestota de la señora Claudia y puso a la moza de patitas en la calle. Don Pascual comprendió, al fin, que en la criada no estaba ni su dicha ni su amor y no hizo nada por volver a enlazar con ella.

El con quien pasaba muy malos ratos era con las chicas del quinto curso. Estos apuros se los explicaba a su amigo Yubero:

—Cuando están en cuarto, son tan obedientes y formales, pero en cuanto pasan al quinto curso y se ven unas a otras hechas unas mujercitas, empiezan a reirse y a mirarme y se ponen que no hay quien las aguante. Me atacan los nervios y no soy capaz de hacerme respetar y ellas, las muy bribonas, que se dan cuenta de todo, pues no hacen más que exhibirse delante de mí y ya no doy pie con bola.

Y era cierto. El pobre don Pascual se ponía hecho un azogado y no acertaba ni a imponer la disciplina ni a explicar los secretos del ablativo absoluto. Pero ahora, con Moirón al lado, iba a ser todo distinto.

Moirón le tenía entusiasmado, diciéndole:

—Vamos a fundar una revista de la cual tú vas a ser el director y yo el administrador, la cual será la primera de España en venta y categoría.

Vamos a tirar diez mil ejemplares de aquí a poco tiempo y obtendremos buenas ganancias, además del consiguiente prestigio científico internacional.

A Patiño se le encandilaban los ojos y se le calentaba la lengua:

—Voy a decir en ella lo que no ha dicho nadie todavía en España. Voy a escribir sobre la poesía como ente absurdo.



—¡Estupendo, Patiño! ¡Colossal! - le gritaba Moirón, dándole unos tremendos porrazos en el hombro.

Una sangre, una linfa, una fuerza nueva corría por las venas de Patiño.

Con Moirón al lado se sentía capaz de reconquistar todas las perdidas colonias y sus islas adyacentes. Inmediatamente Moirón pasaba al ataque:

—Eso sí, habrá que preparar algo de dinero para los primeros gastos de la revista, aunque no mucho porque haremos bastantes suscriptores y cobraremos por adelantado el año completo.

—Claro, claro... asintió Patiño.

—¿Dispones de unas treinta mil pesetas para comenzar? - le interrogaba Moirón.

—Sí, claro, desde luego.

—Está bien. ¿Puedes traérmelas mañana?

—Sí, claro.

—Muy bien. Ahora vamos a buscar suscriptores.

Y de oficina en oficina y de aula en aula, de café en café y de casa, fueron a la caza y captura de suscriptores a los que cobraban por adelantado el año completo que quedaba bajo la custodia del administrador, Moirón estudiaba, en un instante, la psicología de cada sujeto y a cada uno le atacaba por su talón de Aquiles. Al derrengado escritor Luis Pestaña, le dijo:

—Porque lo que nos interesa es publicar sus escritos y darle a conocer en el mundo entero. ¿Qué, le hacemos a V. suscriptor?

—Sí, sí, ¿cómo no?

A don Roberto Guibarteano, que le encantaba el relumbrón, le aseguró:

—Haremos un número especial para V., con su nombre en primera página, como socio especial protector, de los de cinco mil pesetas anuales. ¿Le parece bien?

—Acepto encantado, por el noble empeño de su obra cultural— replicó don Roberto.

Pero al que Moirón ponía medio loco era a Patiño cuando le decía:

Venga, venga, dame tu original y cuatro mil pesetas más, que esto hay que llevarlo a ritmo rápido. El mundo no puede esperar más tiempo sin tus escritos.

—¿Sobre qué va a ser? Sobre si debo casarme o no con Clarita. Esa es la mujer más fina, más delicada y más exquisita que yo he conocido en mi ya larga vida. Es deliciosa por todas partes. Sola-

mente las manos son un dechado de hermosura. Yo me quedo contemplando sus dedos y es que me extasio por completo. Es el índice...

—¿Hasta en el índice te has fijado?

—No. Digo que ella es el índice, la expresión, el compendio de la exquisitez plena. ¿Tú sabes cómo habla? ¿Tú sabes cómo piensa? ¿Tú sabes cómo es por dentro?

—¿Hasta eso sabes tú, sinvergüenza?

—No te consiento esas bromas, Florencio. ¡No te las tolero con una señorita que puede llegar a ser mi esposa! Dime, ¿qué me aconsejas?

—¡Hombre, pues que te cases!

—¡Claro, como tú no eres el que tienes que casarte, lo dices así muy pronto y con mucha alegría...!

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Que me aconsejes lealmente!

—Ya lo estoy haciendo, pero esto te ocurre a tí todas las primaveras. Ya lo sé de otros años.

—No, ahora es distinto. Esta vez es de verdad. ¡Ay, Dios mío, que yo no puedo respirar!

—Pues suéltate un poco el nudo de la corbata.

—¡Pero no ves que no llevo corbata! Yo lo que necesito es un leal consejo de amigo, precisamente de tí.

—¿Lo quieres de verdad?

—¡Pero si es lo que te estoy pidiendo desde hace una hora!

—¡Pues que no te cases!

—¿No decías hace un momento que me casara? ¡Pues sí que eres seguro en tus consejos! ¡Pues sí que se puede fiar uno de tí! ¡Con la misma facilidad me dices que me case como que no me case!

—¡Igual te pasa a tí! ¡Lo mismo piensas en hacerlo que en no hacerlo!

—¡Con la diferencia que soy yo el que tengo que casarme! ¡Ay, Dios mío, me falta la respiración! ¿Qué me aconsejas?

—Deja que el tiempo decida. El tiempo es el gran sabio.

—Sí, tú siempre con tus verdades de perogullo.

Tuvieron que dejar la conversación.

Patiño volvió a gustar una y otra vez de las mieles de la charla con Clarita. Hablaban y no terminaban de la «niorra».

Patiño invitó a los dos hermanos para que fuesen a su pueblo. Les llevó a su casa, les enseñó habitación por habitación y rincón por rincón. Les mostró bargueños y medallones, monedas y marfi-



les, cobres y otras mil antigüedades artísticas que él había ido juntando en el transcurso de los años.

—¿Cuál es lo que más te ha gustado?—interrogó a Clarita.

Y ella, la delicada, la exquisita, la orteguiana y vitalista enamorada, exclamó en pleno arrobamiento:

—¡Los chorizos, Pascual, los chorizos, que tienen una cara buenísima y que están tan riquísimos, que quiero que me envuelvas tres o cuatro kilos para llevárselos a mi padre!

W



### PILAR DURAN, en Cáceres

El día 10 de Noviembre y en la sala de exposiciones de la Diputación provincial, presentó la pintora cacereña Pilar Durán una colección de sus obras compuesta de 39 trabajos, entre óleos, esmaltes y acuare-

Arte